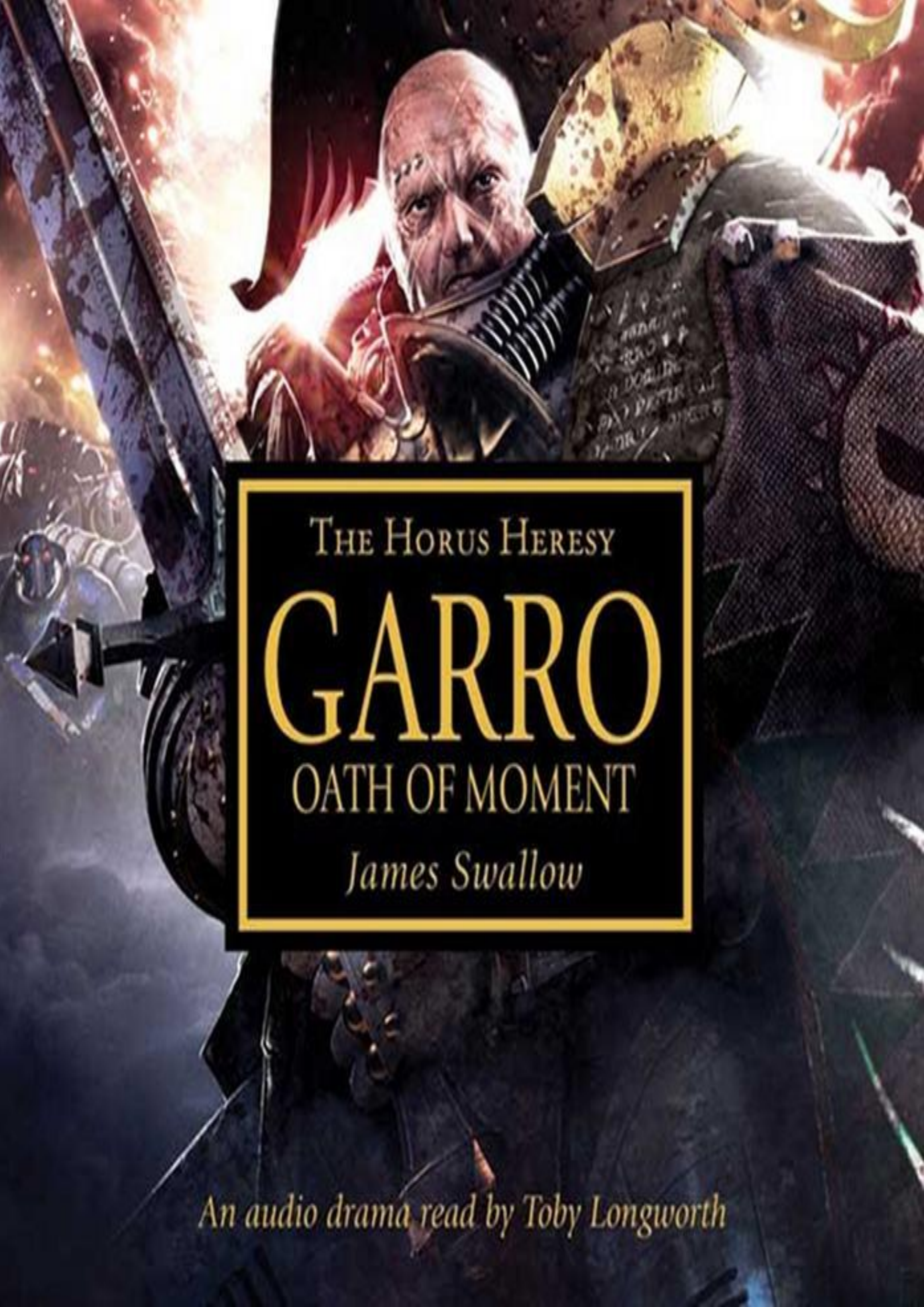

THE HORUS HERESY
GARRO
OATH OF MOMENT
James Swallow
An audio drama read by Toby Longworth



LA HEREJÍA DE HORUS

GARRO:

JURAMENTO DE COMBATE

JAMES SWALLOW

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Caballero Gris

NATHANIEL GARRO	Primer caballero errante, antiguo Guardia de la Muerte

La Legión de los Ultramarines

OLEN	Teniente de la 21ª compañía de Ultramarines
GAIUS	Capitán de la 21ª compañía de Ultramarines
TYLOS RUBIO	Hermano de la 21ª compañía de Ultramarines

Consejo de Terra

MALCADOR EL SIGILITA	Regente y Jefe del Consejo de Terra

Calth era un mundo en llamas.

En lo profundo del sistema Veridian, bajo la dura luz de un sol agonizante, una guerra como ninguna otra había llegado al planeta. Una guerra cuyos ecos resonarían por toda la galaxia. Una guerra que cambiaría la faz de la humanidad para siempre.

A lo largo de los campos moribundos de hierba ennegrecida, en medio de los escombros de las ciudades silenciosas, a través de cañones de roca oscura y arena cubierta de escarcha, el hermano luchaba contra el hermano.

Los Ultramarines, los hijos del gran estratega Roboute Guilliman, habían concentrado sus fuerzas en el sistema Veridian de cara a la batalla. Su primarca, siempre leal al Imperio, había reunido lo mejor de la XIII Legión y de sus auxiliares de los regimientos de Ultramar del ejército imperial. Todo bajo el mandato de su hermano, el Señor de la Guerra Horus Lupercal. Todo sin que Guilliman hubiera dudado ni cuestionado.

Su fidelidad había sido pagada con traición de la más odiosa: en lugar de la batalla que Horus le había prometido, llegó una gritando por los cielos sobre una estela de sangre y asesinato. Los guerreros de la XVII Legión de Lorgar, los fanáticos Portadores de la Palabra, habían venido para matar; sus votos al Emperador de la humanidad rotos, su nueva lealtad hacia Horus aún fresca sobre sus armaduras, pintada en un rojo arterial. Los Portadores de la Palabra apuñalaron a sus hermanos por la espalda, dispersando a los Ultramarines a los cuatro vientos.

Ahora, el fuego se cebaba en Calth con garras ardientes, trazando olas de brillantes colores que recorrían todo el planeta y alcanzaban los cielos. Las ondas de choque de las salvas masivas de armas de plasma y de bombas de fusión habían desgarrado la atmósfera del planeta. La fina capa del frágil cielo estaba rota y el daño era irreparable. Ni una bocanada del aire de Calth permanecía incorrupta, y con cada nuevo amanecer el planeta se acercaba un poco más a su muerte.

Junto a las llamas, el teniente Olen se preguntaba si viviría lo suficiente como para ver un nuevo amanecer. Como sus hombres, había nacido en Espandor, uno, como Calth, de los muchos mundos de la Coalición de Ultramar. Y como sus hombres, había compartido el deseo de defender su Imperio y al Emperador. Olen lucía los

símbolos del *aquila* imperial y de Ultramar con orgullo; aunque no había poseído la resistencia suficiente para convertirse en uno de los Ultramarines, siempre había cumplido con su deber al límite de sus posibilidades. E incluso en los días más oscuros durante las batallas de la Gran Cruzada, nunca había temido por su vida. No lo consideraba arrogancia. Simplemente nunca se había enfrentado a un enemigo tan poderoso como para que no pudiera ser derrotado por el coraje de Ultramar. Al menos, no hasta aquel día.
Olen nunca se había enfrentado a un astartes en combate, y nunca había considerado siquiera que tal situación pudiera llegar a darse. El mero pensamiento sobre aquello era… necio. Que un único marine espacial pudiera rebelarse contra su señor era imposible de concebir. Y sugerir que una legión entera —o incluso un primarca— pudiera alzarse contra el Emperador… Si alguno de sus hombres hubiera comentado alguna vez tal cosa las carcajadas de Olen habrían ahogado sus palabras.

Pero las únicas carcajadas que se oían ahora eran las de sus asesinos.

Cuando los Portadores de la Palabra llegaron trajeron la destrucción con ellos. Olen vio morir a cientos de hombres en aquella primera andanada. Vio Ultramarines con las armas envainadas, que se acercaban para recibir con los brazos abiertos la llegada inesperada de sus hermanos, masacrados en un destello de traición. Los mejores guerreros de Ultramar, humanos y astartes por igual, fueron arrollados por un golpe que vino de ninguna parte.

Se dispersaron por Calth en medio del caos mientras los hijos de Lorgar desgarraban el planeta y lo pasaban a fuego, como si el mundo y todo ser viviente sobre él fueran una vasta ofrenda ardiente.

El último contacto de la unidad de Olen había sido con una patrulla blindada que se dirigía hacia al norte de Numinus, la capital. La tripulación de los tanques había informado a los infantes de que las fuerzas se estaban reagrupando en las arcologías bajo las ciudades, lugares donde podrían sobrevivir a la degradación de la atmósfera de Calth, bajo kilómetros de roca y acero. Así, Olen y sus hombres habían iniciado su marcha a través de las llanuras de Dera hacia las cavernas.

Era un buen plan. Pero había fallado con la llegada de los monstruos.

Habían surgido de las sombras heladas entre las ruinas de un espaciopuerto calcinado. Olen había luchado contra alienígenas, pero aquellos no eran de ninguna

raza de xenos que él pudiera reconocer. Eran cosas sinuosas y cambiantes que reían y roncaban, que agitaban tentáculos rematados en garras y tenían bocas de lamprea. Babeaban venenos que derretían a los hombres, miraban con racimos de ojos que petrificaban el corazón con una sola mirada. Y algunos de ellos —los peores— en parte parecían asemejarse a seres humanos, pero como reinterpretados a través de una lente infernal de locura y horror.

Ahora que aparecían de nuevo, le vino a la mente una palabra que pocos se atreverían a pronunciar en aquellos días de un imperio humano secular. Se trataba de una palabra que había oído a su abuelo en un momento de senilidad. O quizá de clarividencia.

Demonios.
En su pasado el anciano había sido oficial en una nave espacial, y en la locura de la disformidad había entrevisto secretos que lo habían acosado hasta la tumba. Había muerto cuando Olen era muy joven, pero no lo suficiente como para que no recordase aquella palabra.

Revisando el indicador de carga de su pistola láser con una aceptación resignada, Olen supo que en breve se reuniría con su ancestro. Las criaturas avanzaban; reunió las fuerzas que le quedaban para arengar a los soldados que lo rodeaban.

—¡Cada disparo cuenta! ¡Hacedles pagar por cada paso que den!

Una pesadilla surgió desgarrando a los soldados como un huracán, cortándolos en pedazos, comiéndoselos vivos. El arma de Olen estaba al rojo vivo, pero éste no la soltó. La mayor de las criaturas rugía y gritaba en medio del festín en que se habían convertido los caídos, y poco a poco los soldados se iban viendo empujados en un círculo cada vez más reducido a medida que su número disminuía.

Entonces, de arriba, la salvación llegó en alas de gris acero.

Una Stormbird descendió de las nubes ardientes como si se tratara de un águila inmensa, derramó su sombra sobre la lucha y giró manteniéndose sobre ella, sostenida por lanzas de llamas blancas. Por un breve instante la atención de Olen se alejó de la lucha. La nave era claramente astartes pero aun así, por mucho que forzó la vista, no pudo reconocer su filiación: no lucía el profundo rojo sangre de los traidores Portadores de la Palabra ni el cobalto de los Ultramarines. Era del color de los fantasmas.

Una compuerta de bronce se abrió y de ella saltó una figura gigantesca revestida de una servoarmadura del mismo tono que la nave. Mientras la nave descendía, el guerrero aterrizó y su impacto resonó como un trueno, matando a alguno de aquellos monstruos con su masa. Olen vio el destello de luz de una espada tan alta como un hombre: la figura la extrajo de la vaina a su espalda. Con ella, y con una pistola bólter esmaltada en negro en la otra mano, el guerrero se arrojó en medio de la melé.

La espada subió y bajó, subió y bajó; el bólter retumbó, cada descarga como un martillazo reventando a aquellas horrendas criaturas en pedazos de materia sangrante y deshilachada.

Como un único ser, aquellas criaturas se abalanzaron sobre el guerrero, percibiéndolo como la única amenaza que las rodeaba. Pero no se trataba de un soldado, de un hombre común. La figura gris sólo podía ser un astartes, y como tal avanzaba entre las filas de sus enemigos como un ángel de la muerte. En su estela no quedaban gritos, sólo dejaba tras de sí muertes limpias, decimando las oleadas de monstruos que se arrojaban sobre él. Olen ordeno a sus soldados que dieran apoyo al guerrero, aunque éste no lo necesitaba. Él solo había logrado lo que una docena de soldados no había podido: ganar.

Cuando todo acabó, el guerrero avanzó hacia ellos. Olen no pudo evitar dar un paso atrás. Había visto a los astartes en el campo de batalla muchas veces, pero nunca tan de cerca. Nunca así, irguiéndose sobre él, las lentes esmeralda de su casco de combate midiéndolo con frío detenimiento.

El astartes trazó un arco seco con la espada para desprender la sangre corrompida de su hoja, y volvió a envainarla. Olen leyó la palabra grabada en alto gótico sobre el metal: *Libertas*.
—Está al mando aquí.

No era una pregunta. Olen asintió con la cabeza, aflojando ligeramente la presión sobre la empuñadura de su pistola. Se resistía a enfundar el arma, por si el astartes interpretaba el más mínimo movimiento como un ataque.

—Necesito información, teniente.

—Por supuesto. Tenéis nuestra gratitud. ¿Sois parte de los refuerzos o…?

El guerrero alzó una mano para silenciarlo.

—La 21.ª Compañía de Ultramarines, bajo las órdenes del Capitán Erikon Gaius. Dígame dónde encontrarla.

El astartes no alzó la voz, pero aun así Olen ya estaba acercando la mano a su intercomunicador antes de darse cuenta de que estaba obedeciendo al orden. Se detuvo, dubitativo.

—¿Podéis decirnos lo que está pasando? Los Portadores de la Palabra… Nos atacaron. Las señales que hemos interceptado… Se dice que los guerreros de Lorgar se han vuelto contra el Emperador.

En el momento en que lo expresó en voz alta, la magnitud del horror de la situación asaltó finalmente a Olen, quien se estremeció.

—Es peor de lo que imagina. Y ahora, ¿dónde está el capitán Gaius?

El teniente le entregó los datos: la 21.ª Compañía había sido vista por última vez en las afueras occidentales de Numinus, y un momento después de mirar sobre la fragmentada tableta-mapa de Olen el astartes lo saludó con un terso gesto de asentimiento antes de alejarse.

Inmediatamente Olen comprendió que los estaba abandonando.

—¿Señor? Esperad…

Algo en el astartes y su armadura no acababa de disipar la desconfianza del teniente, y cuando de nuevo se giró hacia él comprendió lo que era. El equipo de combate del guerrero presentaba una coraza ornamentada de bronce y oro con la efigie de un águila, y alzándose tras su casco una pesada placa blindada estaba labrada con otra forma de rapaz. Pero lo más extraño era la ausencia absoluta de cualquier otro detalle. Cada una de las legiones astartes lucía su heráldica con orgullo, y portaban el emblema de su legión en la hombrera. Éste no mostraba ninguna. Salvo algunos ribetes más oscuros, su servoarmadura era de un gris piedra uniforme desde las botas al casco, carente de cualquier iconografía.

—¿Quién sois? —preguntó Olen, y el astartes se detuvo—. ¿Podéis al menos decirnos eso? Antes de que os vayáis, al menos dejadnos saber el nombre y la legión del guerrero que ha salvado nuestras vidas.

Por un momento, el astartes permaneció inmóvil. Después se quitó el casco. Una cara pálida y patricia, una cabeza rapada y marcada de cicatrices, dirigió a Olen la mirada de unos ojos viejos y afligidos.

—Mi nombre es Nathaniel Garro, y soy una legión de uno.

Los Ultramarines de la 21.ª habían estado enterrados durante días y, en honor a la verdad, de compañía ya sólo les quedaba el nombre. Habían estado en primera línea durante el asalto de los Portadores de la Palabra, y habían sufrido la visión de la pérdida de muchos hermanos de batalla.

Su capitán —héroe del levantamiento de Haddir, Gaius el Fuerte, Gaius el Inquebrantable— los había reagrupado a pesar de las brutales pérdidas. Con palabras y acciones los había liderado en la batalla, y había reclamado para sí en pago sangre de traidores.

Pero no la suficiente. No la suficiente *aún*.
Y allí estaban, sin contacto alguno con sus hermanos, guardando una de las vías ferroviarias de entrada a Numinus, esperando a que aquella guerra los alcanzase de nuevo.

Al hermano Rubio le llevó un momento salir de su trance. Siguiendo las órdenes de su capitán, había permitido que el implante de su nodo cataléptico redujese la necesidad de sueño, permaneciendo vigilante e inmóvil entre las barricadas improvisadas. Frente a él, las vías de acero se prolongaban, unas hacia el horizonte, otras hacia los pasajes subterráneos. Las vías eran parte de la infraestructura de Calth, y conectaban la red de ciudades por encima de la tierra y por debajo.

Tras él, un amplio túnel, como una boca bostezante abierta en la dura roca negra, llevaba hasta el centro de la capital. Los restos de la 21.ª Compañía permanecían al acecho sobre un pasaje que el enemigo debía tomar si tenía intención de atacar Numinus.

Y el enemigo lo había intentado. Primero lo habían hecho con una fuerza masiva de tropas humanas, adoradores reunidos por los Portadores de la Palabra en mundos distantes, azotados y llevados hasta un frenesí asesino antes de ser arrojados contra los astartes. Aquellos esclavos se hacían llamar la Hermandad del Cuchillo y, a

pesar de su falta de disciplina, eran muchos. El campo de batalla más allá de las barricadas estaba tapizado con sus cadáveres. Cuerpos envueltos en túnicas encapuchadas que los hacían parecer figuras monásticas de las viejas idolatrías, su piel quemada con escarificaciones rituales de líneas arcanas y estrellas.

Los Ultramarines los habían masacrado, segándolos mientras corrían directamente al encuentro de sus armas, despreciando el peligro que suponían, pisoteando a sus caídos sobre el barro ensangrentado. Habían desbaratado su ataque… pero no sin un precio.

Rubio percibió un movimiento e inclinó la cabeza. Su comandante surgió de entre las sombras de un camión de suministros volcado.

—Hermano —el capitán Gaius llegó hasta su puesto de guardia—. Ya es la hora.

—Alguien debe vigilar, señor.

Súbitamente, Rubio sintió una presión en el pecho. Un arrepentimiento. La cara de Gaius reflejó un momento compartido de pesar, su aliento un suspiro de volutas de vapor.

—Alguien lo hará, pero primero tenemos que honrar a nuestro hermano.

Rubio asintió solemnemente y se cargó el bólter al hombro, siguiendo al capitán hacia lo profundo del túnel, donde las luces de los lúmenes creaban charcas de débil luz amarillenta.

Rodeado por el círculo de sus hermanos, Mieles reposaba en el suelo. El blanco de la servoarmadura de apotecario, en duro contraste con el azul oscuro de los guerreros que lo rodeaban, estaba salpicado con trazos de sangre. La herida que lo había matado era una brecha airada que cruzaba su torso: el regalo de un adorador que había roto la línea de defensa y se había inmolado empleando un chaleco de explosivos.

Mieles era el que había perecido más recientemente, y su muerte había llegado sin previo aviso. El apotecario había sido un hombre de gran carácter y buen humor, un amigo para todos ellos. Su pérdida había sido una herida profunda para todos los guerreros de la 21.ª, igual que todas las anteriores.

—Por Ultramar y por nuestro deber. Por el pasado y por el futuro. Por Terra y por el Emperador. Ningún hermano caerá en el olvido.

Gaius dijo aquellas palabras que había repetido tantas veces, y después, con cuidado, aplicó el reductor del propio Mieles a su cadáver, extrayendo reverentemente la glándula progenoide que llevarían de regreso a la fortaleza de los Ultramarines en Macragge. Allí volvería al banco de material genético a la espera de una siguiente generación de astartes. En cierta medida, Mieles seguiría vivo, pero en ese momento Rubio no lograba ver más que muerte y oscuridad. Se despidió silenciosamente de su camarada, y maldijo a los hijos de Lorgar una vez más por su perfidia.

Cuando alzó la vista, Rubio se encontró con la intensa mirada del Gaius. El capitán se dirigió a todos ellos.

—Hermanos. Hemos sido puestos a prueba. No sabemos qué locura ha poseído a Lorgar y al Señor de la Guerra. No sabemos el destino de nuestros hermanos ni de nuestro primarca. Todo lo que sabemos es cuál es nuestro deber —hizo un gesto a su alrededor—. Nuestro deber es proteger este acceso a la ciudad, negárselo al enemigo. Esas fueron las últimas órdenes que Guilliman nos impartió. Mieles ha dado su vida en cumplimiento de ese mandato, y si llega el momento los demás la daremos también.

En su interior, Rubio tembló de rabia. Era una furia sin dirección, contra la necia locura de los adoradores suicidas, los traidores Portadores de la Palabra, contra el infiel Horus… y contra sí mismo, por haber fallado a la hora de proteger a sus hermanos de batalla. Pero era un Ultramarine, y hablar abiertamente de tales asuntos no sería propio de él. En lugar de eso asintió y guardó silencio.

Garro se movía ágilmente por la superficie de la tierra cicatrizada, notando en sus pulmones potenciados genéticamente el aire frío y corrupto del fin de aquel día en Calth. En la distancia vio el brillo de las superficies de las torres de habitáculos y las colmenas que se alzaban sobre barrancos de piedra oscura. La ciudad de Numinus había alcanzado la misma altura en el cielo que profundidad sus cavernas en el lecho de la tierra. Aun así, a medida que se aproximaba, pudo comprobar cómo los

minaretes que una vez se alzaron orgullosos estaban coronados con fuegos de plasma y marcados por los aguijonazos de armas láser de largo alcance.

Mientras caminaba, Garro se preguntó cuánto tiempo recorrería Calth la guerra. Los Portadores de la Palabra habían elegido luchar una guerra que los exigiría hasta el límite de sus fuerzas. Los Ultramarines no eran un objetivo fácil, se contaban entre los más preparados y competentes de los astartes, y en cualquier ámbito eran un rival firme para el inflexible fanatismo de los guerreros de Lorgar.

En Calth, la guerra civil de Horus Lupercal se presentaba como un microcosmos y, como el conflicto a mayor escala que se libraba a lo largo de las estrellas, no había certeza alguna sobre cómo iba a acabar. No obstante, el destino de Calth no era el motivo por el que Nathaniel Garro había viajado a aquel mundo. Su misión servía a otro propósito.

¿Cuánto había pasado desde que había recibido la orden? ¿Cuánto desde que había partido de la galería de la ciudadela Somnus, acunada en la severa superficie sin aire de Luna? Parecía que una eternidad…

La superficie gris del Mar de Crises era un fulgor monocromo que drenaba el color de cuando alcanzaba la vista. La luna de Terra se había convertido en la prisión de Garro, condenándolo a contemplar cómo su mundo natal permanecía constantemente a la vista pero fuera de su alcance.

¿Cuánto había permanecido allí? Los días se confundían unos con otros, y sin propósito alguno eran una tortura. Frunció el ceño, despreciando un espasmo de dolor de la pierna sintética que aún era un añadido reciente a su carne, y miró hacia la oscuridad. En algún lugar de aquel vacío negro e insondable se libraba una guerra, pero para Garro y sus hombres sólo había el silencio de la ciudadela. Y no tenía fin. Con cada revolución del mundo, sentía como si una parte de su alma se disolviese. Para un astartes, aquella inactividad forzada era un veneno.

—Capitán Garro.

Se giró hacia el lugar del que procedía aquella voz. Una figura encapuchada había cruzado silenciosamente la cámara, aunque Garro estaba seguro de que un segundo antes se encontraba a solas en ella. Pero conocía a quien pertenecía aquella voz, y eso lo explicaba.

—Gran Malcador. He respondido a vuestra llamada, Sigilita. ¿En qué puedo serviros?

Malcador respondió con una sonrisa a aquel saludo protocolario. Hizo un gesto hacia las paredes de cristal.

—Recuerdo que la última vez que nos encontramos aquí estabas enojado conmigo. Podía ver los colores de esa furia como una aurora. Fuerte y brillante.

—¿Podéis culparme? —Garro se puso tenso—. Crucé años luz en una nave de combate robada, enfrentado a los cañones de mis propios hermanos de batalla, ¿y para qué? Para traeros la advertencia de una traición que ya habíais predicho. Para sufrir desconfianza y sospecha. Disculpadme si aún estoy de mal humor.

La sonrisa del Sigilita se alargó aún más, y Garro notó el roce de una caricia psíquica pasando a través de él. Después del propio Emperador, Malcador era el psíquico humano más poderoso vivo, y cualquiera que permaneciera frente a él era transparente como el vidrio. Nada se le podía ocultar. Garro lo encaró sin oponerse: no tenía nada que esconder.

Malcador leyó la verdad en él. Anteriormente un capitán de la XIV Legión —la Guardia de la Muerte bajo las órdenes de Mortarion—, Garro era ahora un hombre perdido. Sus votos permanecían inviolados mientras que los de aquellos a su alrededor se habían roto. Cuando su señor y sus hermanos declararon su lealtad al Señor de la Guerra rebelde, Garro se había atrevido a negarse. Garro, quien había hecho un viaje desesperado a través del espacio para llevar al Emperador la noticia de aquella terrible sedición.

—Has pagado un alto precio por tu fidelidad, Nathaniel. Tu legión. Tu hermandad. Las vidas de tus hombres. Y aun así sigues firme.

—Soy un astartes del Emperador —la respuesta surgió sin vacilación—. No puedo renegar de eso.

El Sigilita asintió.

—Pero sin un propósito, un astartes no es nada. Un guerrero sin una guerra no es un guerrero en absoluto.

A su pesar, Garro sintió que su furia volvía.

—Tengo un propósito. Cualquiera que se la fuerza que nos empuja, sea la voluntad humana, el destino o un poder superior, *lo sé*. Hay una razón para que esté vivo, ¡algo más que portar la advertencia y quedarme solo mientras mis hermanos dejaban que la traición arraigara en sus corazones! —señaló a su alrededor con un gesto—. ¡Pero confinándome aquí me negáis la oportunidad de descubrir cuál es!
Cuando la mirada de Malcador se cruzó con la suya, Garro sintió un estremecimiento en su interior, como una sombra que hubiera atravesado su alma. En ese momento se dio cuenta del motivo por el que el Sigilita había demandado su presencia.

—Veremos a qué propósito servirás. Eres un astartes, cierto, y eso nunca cambiará. Pero ya no serás nunca un Guardia de la Muerte. Eres un fantasma. Una figura en medio de la luz y la oscuridad, atrapado en ese punto gris… Y yo necesito a un hombre así.

—Dadme una misión, Sigilita. Sólo pido eso, nada más. ¡Dejadme cumplir mi propósito!

Y por sus pecados, Malcador le dio a Nathaniel Garro exactamente lo que estaba pidiendo.

En su mente, Rubio vio el momento de la muerte de su hermano de batalla. En el susurro de los vientos de Calth oyó el eco de Mieles cuando el apotecario dio la alarma, un latido antes de la detonación que lo abrió en canal acabando con su vida.

Rubio había visto al adorador abalanzarse sobre él, justo en el preciso instante en que su bólter se quedó vacío. Aquellos preciosos segundos en los que había tardado en colocar un nuevo cargador y apuntar otra vez… Había sido demasiado lento para salvar a su amigo.

Aquel momento ardía como la marca de un hierro candente, la culpa lo abrasaba como un ácido. La tragedia de todo aquello era que *podría* haber detenido al adorador, aun sin su arma. Rubio podría haberlo hecho con un mero pensamiento, pero tal cosa ahora estaba *prohibida*.
Una vez —en lo que parecía una vida anterior— Rubio fue algo más. Ahora lo marcaban los emblemas de un astartes de una escuadra táctica, pero antes… antes había lucido con orgullo sobre su hombrera la calavera y el pergamino que lo

identificaban como un codiciario, la insignia de un guerrero psíquico al servicio de los Ultramarines. Una vez, la compañía de Rubio y sus hermanos había sido temida en todo campo de batalla, e incluso su hermanos astartes había mostrado respeto ante su presencia. Una vez, el poder de la disformidad había recorrido la yema de sus dedos en la forma del fulgor actínico de un rayo telequinético arrojado sobre los enemigos de la humanidad. Había abatido incontables oponentes con la mera fuerza de su mente.

Pero ya no. No desde el concilio en Nikea, con la promulgación del decreto absoluto del Emperador. Muchos decían que el don de Rubio —o como algunas voces aseguraban, su *maldición*— estaba a sólo un paso de la brujería, sus mentes unas puertas abiertas a los Podres Ruinosos, acechantes en la oscuridad a la espera para consumirlas; y en Nikea, por miedo, por envidia, aquellas voces habían prevalecido.
En un conclave frente a sus hijos primarcas el Emperador de la humanidad había ordenado que todo psíquico de las legiones astartes —todo epistolario, codiciario y bibliotecario— debía abstenerse de emplear sus habilidades y volver a la línea de combate regular con sus hermanos de batalla.

Rubio tenía fe en el mandato y era obediente, e hizo lo que se le había ordenado. Renunció a su capucha psíquica, a su espada de fuerza. Con su anterior estatus desaparecido, aceptó su reasignación sin cuestionarla. Al menos, no al principio. Pero ahora… Ahora la muerte de Mieles le hacía dudar. Rubio sabía, con cada fibra de su ser, que el apotecario viviría aún si hubiera tenido a su disposición el arsenal de sus poderes preternaturales. ¿Y cuántos otros más?, se preguntaba. ¿Cuántas muertes podría haber evitado, cuantos adversarios habrían caído bajo el poder de los psíquicos?

—¿Te preocupa algo, hermano?

Rubio salió de su ensimismamiento para encontrarse con el capitán Gaius en pié frente a él.

—No es nada importante, señor.

Era una excusa muy pobre, y Gaius podía verlo claramente.

—Sé dónde tienes tus pensamientos, amigo mío. Y también sé que eres uno de los mejores Ultramarines a los que he tenido el privilegio de liderar. No importa cuáles

de tus talentos sean los que emplees —Gaius le puso una mano sobre el hombro—. Coraje y honor, Rubio. Seguimos las órdenes del Emperador y Guilliman hasta la muerte.

—Coraje y honor, capitán —repitió el antiguo codiciario, pero aquel lema le sonó hueco—. Es sólo que…

Sus palabras fueron interrumpidas por el grito de alarma en las barricadas de otro astartes. Se había visto a un intruso, un guerrero que se aproximaba a sus líneas con un arma a la vista. Gaius salió corriendo y Rubio lo siguió, preparando su bólter.

—¡A las armas! ¡Preparados para contacto enemigo!

En la penumbra, Rubio localizó la figura inconfundible de una servoarmadura, moviéndose hacia ellos con determinación. Los Ultramarines habían sufrido tanto con la traición de los Portadores de la Palabra que no estaban dispuestos a conceder segundas oportunidades. Pero cuando la figura se acercó a las tenues luces de la barricada, Rubio no descubrió la oscura librea de los traidores, sino una coraza del tono de una nube de tormenta.

—Un astartes… pero no luce el color de ninguna legión…

Con un gesto brusco, Gaius indicó a sus hombres que apuntaran a la figura antes de darle el alto.

—¡En nombre del Emperador, deteneos y declarad vuestras intenciones!

Lentamente la figura de gris se llevó el bólter al hombro y pasó revista a los Ultramarines, cada uno de ellos a un latido de abrir fuego contra él.

—Capitán Gaius. Sois un hombre difícil de localizar.

Sin prestar atención a las armas que lo apuntaban, el astartes caminó hacia la barricada hasta quedar cara a cara con el comandante de los Ultramarines.

Rubio no pudo evitar que un leve destello de sus sentidos psíquicos sondeara al recién llegado; y quizá el guerrero lo percibió, puesto que giró la cabeza y las lentes de su casco escanearon intensamente al codiciario.

—Nombre y rango.

—Como deseéis, aunque os garantizo que ninguno de ellos os será de utilidad. Soy Nathaniel Garro. Y en cuanto al rango… no tengo ninguno.

—¿Entonces qué sois? —preguntó Rubio, estudiándolo durante una larga pausa—. Os presentáis ante nosotros con una servoarmadura despojada de todo emblema, carente de toda insignia… y eso en un campo de batalla donde los enemigos son alguien a quien antes llamamos hermanos. Cortejáis a la muerte, Garro, como un caballero errante de la antigüedad.

La voz de Garro sonó como teñida por una seca sonrisa tras oír aquellas palabras.

—Ese título es tan bueno como cualquier otro, hermano.

—Si no sois un hijo de Ultramar ni uno de los perros traidores de Lorgar, ¿qué hacéis en Calth? —Gaius miró fríamente al intruso—. Estoy al mando aquí, y responderéis ante mí.

—No os disputo el mando, pero aquí la autoridad superior es la mía. Ved.

Se inclinó ligeramente, y bajo la luz de los lúmenes, una runa semioculta en la hombrera de su armadura se hizo visible: un ojo estilizado, codificado en bajorrelieve en el entramado atómico de la capa de ceramita por un rayo de mesones.

—El sello de Malcador…

Rubio conocía el símbolo; todos lo conocían. Era la marca personal del regente de Terra y aquellos envestidos con él eran representantes de la máxima confianza del Emperador. Aquella runa concedía a Garro acceso a donde quisiera y, como instrumento de la voluntad de Malcador, el poder de revocar cualquier orden, incluso la de un oficial. La intensa inhalación del capitán Gaius le indicó a Rubio que su comandante compartía sus pensamientos.

—Mi misión en Calth es por mandato del Sigilita y el Emperador, capitán. Es todo lo que necesitáis saber por ahora.

Gaius no apartó su dura mirada de Garro.

—Así sea. Pero os advierto: no interfiráis con mi misión. Esa marca vuestra no os protegerá cuando los traidores intenten abrir brecha en nuestras líneas.

El capitán se alejó, y Rubio se encontró de nuevo con la mirada de Garro puesta en él.

—¿Sois el hermano codiciario Tylos Rubio?

—Soy sólo el hermano Rubio. Nada más.

—Como deseéis.

La dura luz blanca refleja en la superficie lunar hacía que la cara de Malcador fuera fantasmal y serena. Hizo un gesto con la mano.

—Arrodíllate, Nathaniel. Deja que el adepto haga su trabajo.

—Como deseéis.

Garro se arrodilló sobre una pierna, manteniendo el casco a la altura del pecho, mirando a los ojos del Sigilita. El adepto del Mechanicum se inclinó sobre él, y el astartes pudo oler el aroma acre de los biolubricantes y los aceites de maquinaria. El calor lamió la piel desnuda de su cuello cuando las chispas amarillentas saltaron. Escuchó el zumbido del punzón de mesones mientras este recorría la placa de su armadura, el rayo de partículas trazando un circuito complejísimo a nanoescala en el interior de la ceramita.

—Esta marca es señal de obediencia hacia mí. Obedecerás mis órdenes sin cuestionarlas, hasta el final.

Los ojos del guerrero se estrecharon.

—Obedeceré… mientras eso sirva al Emperador.

—Lo hará.

Garro notó la mente del psíquico presionando sobre la suya, y opuso resistencia aunque sabía que no podría defenderse de la penetrante mirada interior del Sigilita.

—Veo otra vez tu furia, Nathaniel, pero apunta hacia fuera. Arde en ti: es la necesidad de cobrar venganza de tus hermanos traidores. De acabar con Typhon,

incluso de retar a tu primarca Mortarion por atreverse a creer que podía convertirte en un traidor.

—Sí —contuvo su lengua, manteniendo a raya la rabia helada de su corazón—. No lo negaré.

Malcador asintió solemnemente.

—La hora de la venganza llegará. Pero este día escucha mis órdenes: mantén tu animadversión controlada. Tu misión está antes.

El astartes aceptó aquellas palabras sin comentario alguno. Tal como una vez tiempo atrás, en la cubierta de la *Eisenstein*, cuando hubo sacrificado cuanto conocía por llevar la advertencia de la traición de Horus a Terra… La misión estaba antes, era su único objetivo. Pero ahora, si la historia iba a repetirse, debería volver a jugar su papel por encima de sus deseos. Y lo haría gustosamente, en nombre del Emperador.
El olor de la ceramita sobrecalentada impregnaba el ambiente, y Garro escuchó la crepitación del grabado enfriándose cuando el adepto se retiró. La marca estaba impuesta, el deber aceptado. Viniera lo que viniera después, se había obligado a ello.

Con cuidado, Malcador extrajo a *Libertas* de su vaina. Garro lo vio hacer un gran esfuerzo para blandirla con firmeza: el arma no estaba forjada para las manos de un mortal. El Sigilita dirigió su punta al suelo.
—El juramento entonces.

Garro posó su mano desnuda sobre la hoja y asintió. Había cruzado el punto de no retorno.

—Nathaniel Garro. ¿Aceptas tu papel en esto? ¿Prometes dedicar tu vida a cumplir mis órdenes, a apartar cualquier otra exigencia sobre tu honor? ¿Acatas este juramento de combate?

—Respecto a este asunto y por esta arma, lo juro… en Su nombre.

El Sigilita alzó una ceja ante aquella elección de palabras, pero no hizo ningún comentario al respecto. Garro tomó su espada e hizo una profunda reverencia. Captó su reflejo en una de las altas ventanas. Aunque era reconfortante notar de nuevo una armadura y la coraza del águila después de tanto tiempo, le resultaba

extraño verse con aquellos nuevos colores. La librea de la Guardia de la Muerte había desaparecido: en su lugar sólo estaba el gris fantasmal sin emblemas. Aquello provocaba una extraña sensación en el pecho de Garro, una que no sabía definir.

—¿Qué es lo que debo hacer?

—Partirás de la ciudadela Somnus y recorrerás la galaxia para reunir un grupo de hombres. Astartes, de todas las legiones, tanto leales como traidoras. Los encontrarás y los traerás ante mí. Harás eso, y no dejarás rastro de tu paso.

—¿Por qué causa?

Malcador se dio la vuelta y miró hacia el orbe blancoazulado de Terra, brillante en la noche lunar.

—Por el futuro, Nathaniel.

El amanecer se acercaba, pero sería una salida del sol como no había habido otra sobre la superficie cubierta de escarcha de Calth. Durante la noche los niveles de oxígeno no habían parado de descender; sólo una brizna de atmósfera tóxica rodeaba ya el planeta. Éste pronto no sería más que una tierra baldía, con toda la fauna y flora nativas asfixiadas y muertas. Solamente la guerra perviviría.

En el silencio dentro de su servoarmadura sellada herméticamente, el hermano Rubio veía cómo Garro preparaba su bólter para el combate con movimientos ágiles y cuidadosos. Estaba claro que conocía aquella arma íntimamente, y por las numerosas marcas de honor grabadas sobre la montura y la empuñadura se deducía que lo había acompañado en muchas batallas.

Garro simulaba estar absorto, pero Rubio sabía que el astartes estaba observando cuanto lo rodeaba, su atención dirigida una y otra vez hacia el capitán Gaius, mientras el oficial se movía entre sus hombres. ¿Estaba Garro aquí por él? ¿Había cometido Gaius alguna transgresión, y ahora este extraño surgía de la oscuridad para reclamar al hermano capitán? Rubio no tenía respuesta para esas preguntas, pero estaba seguro de una cosa: Nathaniel Garro había venido a Calth *para juzgarlos*. Un oscuro temor pareció estremecerle las entrañas al pensar que podía ser considerado indigno por un agente del Sigilita. Y aun así, otra voz interior se

atrevió a preguntar con qué derecho podía este hombre cuestionar a la 21.ª de los Ultramarines. La determinación de Rubio había sido sometida a duras pruebas en los últimos días, y estaba al borde de romperse. Sería muy simple asomarse a su interior, pensó. Con sólo emplear una parte infinitesimal de su mirada psíquica vetada. Sólo para saber si Garro era quién aparentaba ser…
En ese instante, en una fracción de segundo, la férrea concentración de Rubio se relajó y algo se deslizó en su psique. Se quedó rígido…

Una *visión*…
El mundo real parpadeó y se volvió fluido, disolviéndose. Madejas infinitas del absoluto parecieron enlazarse con su mente, retorciéndose y reordenándose. Intentó alejarse, bloquear aquella sensación, pero era demasiado tarde. La visión se cernía sobre él, su silenciado don de codiciario por un momento lo engulló en un instante. Y en ese momento cristalino vio…

Una batalla, rojo en las hojas, negro en una coraza.

Y allí, caído en la tierra congelada… Gaius.

Rubio corrió, la sangre rugiéndole en los oídos, desesperado por alcanzar a su comandante, por salvarlo antes de que arrancaran la vida de su cuerpo…

—¡Rubio!

El Ultramarine dejó escapar una exhalación y sacudió la cabeza; la sombra de energía psíquica se disipó más rápido de lo que había surgido. Se maldijo por aquel lapso de pérdida de control y se puso en pie, apartando a Garro con un gesto, pero el otro astartes se acercó aún más. ¿Lo sabía el guerrero de servoarmadura gris? ¿Podría aquel momento de distracción costarle demasiado caro?

Luchó por procesar lo que había presenciado en el destello del futuro. El capitán, derribado. Muriendo. ¿Muerto?

—No… Eso no pasará…

Se desprendió de los últimos fragmentos de la visión, negándola. Había sido un instante de debilidad, eso era todo. Un momento de pérdida de concentración, suficiente para que la disformidad lo hubiera envenenado. El decreto del Emperador no podía cuestionarse…

—¡Hermano! —gritó Garro—. ¿No veis que se acercan? ¡Rápido, vuestra arma!

—¿Ver qué?

Pero apenas las palabras habían abandonado los labios de Rubio, el primer rugido de mortero llenó el aire, y un montón de rococemento estalló convertido en metralla.

—El enemigo vuelve, y en gran número. Preparaos para el combate.

—El capitán…

Rubio miró a su alrededor, buscando a su comandante. Y lo encontró: Gaius permanecía sobre la barricada que cruzaba la boca del túnel, su capa ondeando tras él, su pistola bólter presta. El capitán alzó el desmesurado guante de su puño de combate como si diera un puñetazo al cielo.

—¡Mantened la línea, hermanos! ¡Coraje y honor!

El fuego de bólter y las líneas de láser se precipitaron sobre los raíles y el suelo de grava cuando por fin amaneció. Rubio corrió a enfrentarse a las hordas enemigas. Garro permanecía a su lado, su resplandeciente espada plateada trazando arcos en el aire, penetrando pechos y cercenando cabezas. Los centenares de miembros de la Hermandad del Cuchillo, ataviados con máscaras de respiración y restos de armaduras, morían a mansalva.

Gaius encabezaba el ataque, la punta de flecha de la muralla astartes. Los adoradores, gritando y tiritando en el frío, eran azuzados para alcanzar cotas cada vez mayores de sed de sangre por medio del terror y la locura. Sus amos entre los Portadores de la Palabra los habían empujado a aquel tumulto enloquecido, y su único fin ahora era morir embotando las armas de los marines espaciales leales.

El capitán Gaius siguió avanzando, mientras un ejército de fanáticos locos lo rodearon como una ola. Había tantos de ellos que por su mero número el comandante de Rubio se vio derribado sobre los raíles de acero que cruzaban el suelo. Por unos largos y agónicos segundos, capas y capas de asesinos aullantes se precipitaron sobre él… antes de salir despedidos cuando Gaius se puso en alzó, libre de aquella zarpa asfixiante. Cada golpe de su puño de combate se cobraba una víctima, sacudiendo y triturando cuerpos.

Rubio siguió el ejemplo de su capitán y avanzó, ignorando el torrente de dolor que atravesaba su cráneo y que era un eco de la visión. Intentó apartarlo, ignorarlo, pero no lo logró.

Garro luchaba encarnizadamente, la servoarmadura gris del guerrero solitario teñida de sangre y escorias del humo. Parecía poseído, en trance, y cada estocada de su espada, cada proyectil disparado, alcanzaban los puntos donde podían producir más daño. Rubio vio los destellos de la luz sobre el águila grabada en bronce sobre su coraza, y de nuevo se preguntó quién sería aquel hombre. Luchaba con la determinación y la fría letalidad de un veterano. Giraba sobre sí mismo repartiendo cortes con la hoja de su espada mientras avanzaba hacia una pequeña loma.

—¡Allí! —gritó Garro—. ¡Esto sólo es una avanzadilla! ¡El enemigo se acerca! ¡Cerrad filas!

El Ultramarine oyó un ruido como el chirrido de un inmenso engranaje, y por detrás de la línea de la loma apareció un constructo de acero y cables, blindaje y bronce. Sus pasos repiqueteaban sobre la piedra, seis patas articuladas de pistones, desplazándose como un cangrejo y aplastando cuanto encontraba en su camino. Una torreta de duros bordes emergía del centro de aquella masa, abarrotada de cúpulas de armas y tubos de misiles como los de un órgano de iglesia. Llevaba montado un cañón de hierro negro, la bocacha como unas fauces aullantes de las que goteaban cadenas de penitente. La máquina se movía como si estuviera viva, sus flancos pintados de un rojo arterial decorado con detalles de negro ébano con los emblemas de los Portadores de la Palabra. Profanaba el suelo que pisaba con cada pesado paso.

Como uno solo, los Ultramarines dirigieron el fuego hacia aquello, y por un momento pareció que el ataque *enfureció* a aquel mecanismo. Rubio lo vio inclinarse y cargar, mucho más rápido de lo que su masa debería haberle permitido. Proyectiles de masa reactiva, descargas de plasma y misiles de corto alcance impactaron sobre la máquina de guerra, desgarrándola, pero ésta seguía acercándose, ardiendo, arrasando la barricada… y al capitán de la 21.ª.
—¡Gaius!

El grito de Rubio partió el aire, pero demasiado tarde. Las piezas encajaron. Demasiado tarde, vio aquel momento desarrollándose de nuevo: una batalla, rojo en las hojas, negro en una coraza. Se precipitó en una carga insensata, apartando de

su camino a cuanto enemigo se atrevía a bloquearle el paso. Tenía que detenerlo: sabía lo que ocurriría a continuación y tenía que detenerlo.

El casco de Gaius se giró al registrar el grito de Rubio, lo vio venir…

Pero entonces el cañón de la máquina habló y Rubio salió despedido por la onda expansiva de un impacto cercano. Giró y dio tumbos, cayendo con la fuerza suficiente como para que el golpe retumbara en sus huesos. Notó el sabor del cobre en la boca. Intentó ponerse en pie, antes de ver cómo una pata metálica se abalanzaba sobre el pecho de su capitán y lo clavaba al suelo. La servoarmadura de Gaius se fragmentó con un sonido como el de huesos partidos, y la sangre salpicó los raíles con húmedas manchas de color que se congelaban allí donde caían.

Garro apretó los dientes tras el visor de su casco y maldijo silenciosamente a la máquina profanadora que había acabado con otra vida leal a Terra. El constructo aullaba y gruñía, medio tambaleándose sobre las patas dañadas por el fuego sostenido: uno de los apéndices metálicos colgaba sin vida de una articulación de la que rezumaba aceite. Pero aun así seguía luchando, arrojando salvas contra los defensores del túnel. Se movía como un arácnido enfurecido, y el astartes vio al hermano Rubio que luchaba por arrastrar a cubierto el cuerpo roto de su capitán. La máquina se precipitó hacia él para acabar con su vida tan brutalmente como había acabado con la de su comandante.

—No… —gruñó Garro, antes de correr hacia una columna de mármol parcialmente derribada, sus botas aplastando la piedra mientras ganaba impulso para un salto.

El guerrero de servoarmadura gris tormenta se arrojó aferrando su espada y aterrizó con un golpe metálico y resonante sobre la máquina traidora. Ésta se debatió como un oso atacado por un lobo, intentando derribarlo. Garro hizo girar a *Libertas* en sus guanteletes y dirigió la afilada punta a la cúspide de la torreta, donde una máscara con forma de calavera aullante lo miraba con ojos de un negro ardiente. Fluidos oleosos manaron del salvaje corte y la máquina se estremeció, casi como agonizante.
Los Ultramarines de las escuadras de Devastadores se acercaban, sus cañones láser pesados, armas de plasma y multifusionadores montados en los puños de combate. Su ataque cuerpo a cuerpo había distraído a la máquina lo suficiente como para permitir que Rubio pudiera alejarse y que los Devastadores la alcanzaran.

—¡Matad esta cosa! —gritó Garro por el comunicador intentando mantener el equilibrio—. ¡Hacedlo ya!

Un infierno de calor blanco, rayos láser y cohetes impactaron en la máquina traidora, que retrocedió. El astartes escuchó un sonido que era casi un chillido antes de que el tanque de patas de araña lo derribara de su cuerpo en sus últimos estertores.

Garro golpeó el suelo, sujetando aún su espada, y rodó hasta detrás de un bloque de rococemento cuando la máquina llegó a su fin. La detonación rompió las líneas de los pocos adoradores que aún permanecían en pie, aquellos que no habían sido ejecutados por los proyectiles de los hermanos de Rubio, y que murieron por la onda expansiva de la explosión.

Cuando Garro se puso en pie, un silencio cayó sobre él, el aire muerto, pesado como plomo, amenazante. Le llevó un momento escalar los restos de la barricada donde poco antes permaneciera el capitán Gaius. Desde aquel punto Garro pudo ver la siguiente oleada que el enemigo estaba amasando. Los circuitos de su visor localizaron objetivos en la distancia, marcando los vectores de ataque.

Portadores de la Palabra. El ejército de Lorgar, sus más entregados guerreros fanáticos: hasta hace nada hermanos bajo la égida del Emperador de la humanidad. Una furia fría y condensada ascendió por el pecho de Garro. ¿No había fin para la infección de la traición entre las legiones astartes? Los Hijos de Horus, los Devoradores de Mundos, los Hijos del Emperador, incluso su propia Guardia de la Muerte… Todos siguiendo el camino de la felonía contra la voluntad del Emperador.

Contra su voluntad *divina*…
Y ahora los Portadores de la Palabra se contaban entre los renegados, malditos por siempre por su rebelión, su traición rubricada con sangre de Ultramarines.

Con expresión sombría, Garro descendió de la barricada. Se preparaban para avanzar, y en número tal que los restos de la 21.ª Compañía no podrían contenerlos. Los hombres de Gaius morirían defendiendo el túnel hacia Numinus, y el acceso a la ciudad caería en manos de sus enemigos. Era inevitable. Pero aquello no lo incumbía. Su objetivo era otro.

El hermano Rubio inclinaba la cabeza sobre el cadáver del capitán Gaius. El Ultramarine cruzaba sus pesados guanteletes de ceramita sobre su pecho en el signo del *aquila* imperial, y después volvió a saludar con el viejo gesto pre-Unificación, un puño sobre el pecho.
Rubio miró a Garro, y éste sintió la ira de los ojos del guerrero incluso a través de las lentes rubíes de su casco.

—Mi capitán está muerto. Entregó su vida noblemente.

—Sí —asintió Garro—. Lo hizo. Pero podíais haberlo evitado.

Rubio reaccionó como si lo hubiera golpeado, poniéndose tenso.

—¿Cómo os atrevéis?

—Sé lo que sois, hermano, de lo que sois capaz. Sé lo que una vez fuisteis, antes de Nikea, antes de renunciar a vuestra capucha y a vuestra espada. Un psíquico —Garro señaló al cadáver—; podíais haberlo avisado telepáticamente… Incluso podríais haber escudado a Gaius. Pero no lo hicisteis.

Rubio se encaró con él, apretando los puños.

—¡Tengo órdenes! ¡No quebrantaré el decreto!

Y aun así, mientras hablaba, Garro podía oír el conflicto latente bajo la superficie de las palabras de Rubio. El Ultramarine estaba atrapado entre los lazos de lealtad hacia su compañía y sus hermanos y sus votos para con su primarca y al Emperador. Y la tragedia era que unos debían ser sacrificados ante los otros. Garro conocía ese dolor muy bien.

—Mi capitán está muerto. Lo que sea que quisierais de él, caballero errante, ya es demasiado tarde.

—No vine a Calth a por Gaius. Vine aquí a por Tylos Rubio, por orden de Malcador el Sigilita. Me ha ordenado reunir un grupo de guerreros de todas las legiones y llevarlos al Palacio imperial. Sois el primero, y para cumplir mi misión debemos irnos ahora.

La ira de Rubio remitió. Sacudió la cabeza, incapaz de dar crédito a lo que oía.

—Lo que me pedís es… imposible.

—No lo es —Garro imitó su gesto—. El tiempo corre en nuestra contra, tenemos que movernos deprisa; si los Portadores de la Palabra lanzan su ataque nos arriesgamos a quedar atrapados aquí. Sólo tengo que enviar una señal para invocar a mi Stormbird. Debemos llegar a mi nave y…

—No. ¡No! ¿Queréis que abandone a mis hermanos en su hora más oscura? ¡Me niego!

—En una orden del Sigilita. Su palabra es la palabra del Emperador.

Los astartes permanecieron en silencio por un largo momento.

—Maldita sea la orden del Sigilita. No me dais alternativa, Garro. Y aun así, por mi honor de hijo de Macragge, elijo desafiarla; incluso si eso significa perecer aquí, incluso si me consideráis un rebelde como los perros de Lorgar, elijo desafiarla.

Garro bajó la mirada hasta la espada que sostenía en la mano; el reflejo impasible de su casco de combate apareció sobre la hoja de adamantio. El fuego del corazón del Ultramarine era fuerte, y le pareció sentirlo en el suyo propio. Si la situación fuera a la inversa, las palabras de Rubio habrían sido las suyas. No podía hallar falta en él.

—Entonces elijo permanecer a vuestro lado.

Hombro con hombro, frente a ellos al avance de los traidores astartes lo acompañaba un ruido como de tormenta desatada.

La absoluta ferocidad de su asalto era algo brutal, impactante, rompiendo como una marea de sangre y fuego contra las barricadas y las líneas parapetadas de los defensores. Los Portadores de la Palabra cargaban con un fervor insano que sobrepasaba incluso la enloquecida ofensiva de las hordas de adoradores. Toda arma Ultramarine se descargaba sobre ellos, pero había casi cinco veces más de los guerreros de Lorgar, y el castigo de sus arremetidas acabó por vencer la resistencia de las barreras, destrozando las líneas y pisoteándolas en un flujo interminable de servoarmaduras ennegrecidas.

Los Portadores de la Palabra siempre habían sido conocidos por su militancia extrema. Durante los años de la Gran Cruzada muchas de las colonias recuperadas para la humanidad habían quedado bajo la sombra de la XVII Legión tras sufrir su

furia. Aquellos que no habían demostrado una obediencia apropiada al Emperador habían recibido un castigo inmisericorde, tanto que incluso el Señor de la Humanidad había reprendido a su primarca Lorgar, censurándolo por promover la idolatría hacia su padre y por emplear una violencia tan desmesurada.

Algunos creían que Lorgar y su legión habían escarmentado, pero ahora era claro que si de algo había servido aquello había sido para que rechazaran a su señor y buscaran un nuevo camino: uno de crueldad y matanza, alimentado por un odio puro y nuevos dioses.

La espada de Garro cantaba y su bólter rugía en medio de la refriega. Acalló la voz interior que se rebelaba ante la noción de luchar contra camaradas astartes, recordándose que aquellos renegados no eran dignos de ese nombre: eran traidores de la más baja especie.

Las armaduras de los Portadores de la Palabra estaban empapadas deliberadamente de algo que no podía ser más que sangre humana. El emblema de la legión, el libro ardiente sobre sus hombreras, había sido inscrito con una estrella de ocho puntas y la cruda representación de una cara aullante. Aquella autoprofanación sólo aumentaba el desprecio de Garro, y luchaba con una furia justa, derribando traidores con tajos de su hoja y detonaciones de su bólter. Cerca de él, Rubio descargaba ráfagas controladas de proyectiles que enviaban a los atacantes sobre sus pasos en espirales sangrientas. Pero por cada guerrero que derribaban, más ocupaban su puesto.

Garro vio cómo un grupo de Portadores de la Palabra mataban a un Ultramarine envolviéndolo en un huracán de fuego de bólter. Le repugnó que continuaran disparándole cuando ya había caído, descargando salva tras salva sobre el cuerpo sólo para verlo retorcerse; y mientras lo hacían, reían a carcajadas. Aquella maldad era algo que Garro nunca antes había visto en un astartes. Los Portadores de la Palabra estaban disfrutando de aquello, saboreándolo. Se sintió enfermo.

—Siguen viniendo… Ojos de Terra, ¿han traído a toda la legión a luchar contra nosotros?

—Esto no acabará bien para ninguno de nosotros, pero en Su nombre que les haremos pagar por cada paso que den. *¡Ave Imperator!*
Garro lanzó aquel grito de combate y mató a otro traidor, pero sus palabras le sonaron vacías. A su alrededor los defensores se estaban quedando sin munición,

asegurando cada disparo, haciendo que cada proyectil y rayo láser contara; mientras, los Portadores de la Palabra luchaban con un abandono salvaje, reduciendo a polvo las barricadas, saturando el aire con el olor del promethio y la cordita.

La garra de la muerte se cerraba sobre ellos y finalmente, cuando los refuerzos enemigos alcanzaron el avance de la vanguardia, entre las líneas de los Ultramarines se oyó el grito:

—¡Retroceded! ¡Al túnel, reagrupaos y retroceded!

Garro siguió la orden de Rubio, maldiciendo en silencio las circunstancias mientras dejaba atrás el aire helado y se adentraba en la penumbra de la roca escarchada del túnel. Tras él, los Portadores de la Palabra gritaron de odio y corrieron hacia ellos.

Rubio miró por encima de la figura de Garro y sintió que se le helaba la sangre cuando vio las masas angulares que emergían de entre las líneas traidoras. Avanzaban apartando a sus propios hermanos a un lado, apuntando con armas pesadas de cañones múltiples que vibraban de poder.

—¡Exterminadores!

Como una férrea cadena de gigantes de metal, las figuras de denso blindaje avanzaron. Con el doble de masa que un astartes regular, las servoarmaduras de los Exterminadores acortaban distancia obviando la lluvia de proyectiles de masa reactiva y los rayos láser que se derramaba sobre ellos.

Rubio pasó revista a su alrededor, y en seguida fue consciente de que no contaban con suficientes armas pesadas como para detener la fila de leviatanes de ceramita. Las granadas antiblindaje los retrasaban, pero sólo unos momentos. La línea avanzaba, tumbando barricada tras barricada, seguidos por el resto de Portadores de la Palabra que liberaban una cortina de fuego de supresión.

Los Exterminadores abrían brecha en cada objetivo que elegían: las líneas que trazaban los proyectiles de combibólteres y los cañones de asalto trituraban los cuerpos de los defensores. Los Ultramarines caían muertos, ruinas rojas entre los restos cobalto de sus servoarmaduras.

Rubio notó una mano sobre su avambrazo, y al girarse vio a Garro señalando con su espada.

—No podemos mantener esta posición. Sólo quedan unos instantes antes de que los Exterminadores alcancen el túnel. ¡Debemos retirarnos!

—¿A dónde? ¿Seguimos retirándonos por el túnel hasta llegar a las puertas de Numinus? —negó con la cabeza—. Los colores de Ultramar no huyen.

—Entonces moriremos aquí. Y entonces habréis desafiado una orden para perecer por otra y arrastrar con vos a vuestros hermanos.

Rubio apretó los dientes con rabia.

—Maldito seáis. ¡No me dejáis alternativa!

Garro negó con la cabeza.

—No, Rubio. Esta decisión ya la habéis tomado. Es sólo que es ahora cuando la aceptáis.

Garro colocó su último cargador en el bólter y abrió fuego. Rubio miró a los supervivientes de la 21.ª Compañía forzados a retroceder cada vez más profundamente en la garganta del túnel, perseguidos por una cortina interminable de disparos.

La poca luz diurna que entraba en el pasaje la bloqueaban las monstruosas siluetas de los Exterminadores; aplastando los raíles, comenzaron a cruzar al acceso al túnel. Sus sombras oscuras las iluminaban los destellos cruciformes que partían de los cañones de sus armas, luces crudas que desvelaban las máscaras ferales de aquellos cascos rematados con cuernos. Rubio oía como sus camaradas gritaban al desplomarse. Aquello había dejado de ser un ataque: era una ejecución.

—No otra vez. ¡No volveré a dejar que ocurra nunca más!

El Ultramarine dejó caer el bólter vacío y aspiró profundamente, alzando las manos frente a sí, curvando los dedos como garras. Inmediatamente lo sintió: aquel viejo y familiar crepitar de energía arcana removiéndose en la base de su cráneo, retorciéndose, volviéndose una lanza de relámpagos confinada en una botella. Todos los mantras y palabras de poder, todas las frases-claves y pensamientos-formas que había expulsado de su mente después del decreto… dejó que todo aquello volviera a él.

El aire alrededor de Rubio se tiñó con una textura oleosa y eléctrica, vibrando con una fuerza más allá del entendimiento humano que bailaba en el umbral de la percepción. Rubio vio a Garro apartarse, vio a sus hermanos negar con la cabeza… pero era demasiado tarde para detenerse.

El poder estaba ahí, nunca lo había abandonado, siguiendo a Rubio como una sombra en la disformidad. Volvió con facilidad. Era potente, embriagador y, como su ira, gritaba por ser liberado.

Pequeñas descargas eléctricas danzaron entre las puntas de sus dedos cuando apuntó con su mano a la línea de Exterminadores que avanzaba. Sin el velo de su capucha psíquica para ajustarlo, su poder sería difícil de controlar, pero Rubio estaba listo para afrontarlo: de no ser así, todos morirían.

Se arrodilló, y liberó toda su furia.

La fugaz tormenta de descarga psíquica barrió el pasadizo y engulló a los Portadores de la Palabra, forzados por primera vez a gritar de agonía. Después aquella energía alcanzó su objetivo, y la boca del túnel comenzó a resquebrajarse, su techo a fracturarse, la roca rompiéndose bajo la ola de energía disforme. Como unas vastas mandíbulas que se cerrasen, la piedra negra se desplomó, sellando la entrada y enterrando a los Exterminadores bajo toneladas de roca fragmentada.

Garro ofreció la mano a Rubio y el Ultramarine la aceptó, ayudándose de ella para ponerse en pie. Una vez lo hizo, el psíquico se quitó el casco y lo vio por primera vez con sus propios ojos. Garro hizo lo mismo, y por vez primera los dos guerreros pudieron medirse cara a cara.

—Está hecho. El enemigo ha sido rechazado y el acceso a Numinus se le ha negado. Y solamente me ha costado desafiar a mi primarca y a mi Emperador.

—Vuestros hermanos han sobrevivido. Aceptad eso como una recompensa.

Rubio no respondió. En lugar de eso pasó al lado de la figura gris para acercarse a los otros Ultramarines, quienes permanecían juntos, atendiendo a los heridos. Entonces, como uno solo, cada uno de sus hermanos de la 21.ª Compañía apartaron los ojos y le dieron la espalda. Rubio había desobedecido el decreto absoluto, y aquello no tenía perdón.

Garro desenvainó *Libertas* y Rubio giró sobre sí mismo al oír aquel sonido, clavándole una mirada iracunda.
—¿Estáis satisfecho? ¿Tenéis lo que habíais venido a buscar?

—Aún no —Garro sostuvo la espada con la punta hacia el suelo—. Poned vuestra mano sobre la hoja.

Rubio avanzó, notando como la rabia crecía en su interior.

—¡Me habéis forzado a esto! Me habéis costado mis hermanos, ¿y me exigís un juramento?

Garro negó lentamente con la cabeza.

—Estos hombres ya no son vuestros hermanos. Sois un fantasma. Ahora, poned vuestra mano sobre la hoja.

Se quedaron frente a frente inmóviles. Al final, Rubio se acercó a él y tocó la espada. Garro asintió solemnemente.

—Tylos Rubio. ¿Aceptas tu papel en esto? ¿Prometes dedicar tu vida a cumplir las órdenes del regente de Terra, a apartar cualquier otra exigencia sobre tu honor? ¿Acatas este juramento de combate?

Algo oscuro, como pesar, cruzó los ojos del guerrero.

—Respecto a este asunto y por esta arma, lo juro… No puedo hacer nada más.

FIN DEL RELATO